

está situado en el golfo del mar Rojo que forma la parte oriental de la península del Sinaí, y la contramarcha por el desierto de Tih (1) y Kadesh. La exacta localización de este último lugar, que representa asimismo importante papel en el regreso ó éxodo de los israelitas del Egipto, ha sido recientemente determinada por el norte-americano H. Clay Trumbull (2). «El valle en que se encuentra Kadesh (Wādī Kadīs), — dice este viajero en su bella relación, — es una extensa llanura de irregular superficie que mide algunas millas inglesas, circuida de colinas,» en el territorio de los agresivos y temidos árabes Azázima, «y seguramente bastante espaciosa para haber servido de campamento al ejército de Chodorlahomor ó á todo Israel. Atraviesa el centro del Wādī-Kadīs un ancho cauce que con su extrema fertilidad se destaca notablemente de la aridez que le rodea.» Trumbull describe su llegada allí; despues de infinitos peligros y penalidades, con estas palabras: «¡Qué contraste tan maravilloso! De la aridez y desolación del ardiente desierto nos veíamos trasladados como por encanto á un magnífico oasis de verdor, tal como no era posible esperar ni siquiera imaginarse en aquella comarca. Una alfombra de césped cubria el suelo, y á lo largo de la protectora ladera de la colina se alzaban higueras con sus apetitosos frutos casi maduros. Abundaban los arbustos y las flores en múltiple variedad. Bajo la yerba ondulante susurraba el agua...»

El encuentro de los elamitas y babilonios con los cananeos es ya por sí solo de suma importancia histórica, sin contar que este episodio determina también la época de Abraham (ó sea los primeros tiempos de los hebreos). Tiene asimismo inmensa significación histórica el gran rodeo, que á primera vista nos parece tan extraordinario, dado por los ejércitos aliados desde las comarcas del Eufrates y del Tígris al través del desierto al Nordeste de la península sinaica. Se comprende que el avance de un ejército tan poderoso como acaso jamás habían visto otro los beduinos y las tribus sedentarias (entre ellas las de los numerosos y muy extendidos amalecitas) que habitaban los territorios desde Elat hasta Canaan, produjera en ellos verdadero pánico y les obligara á dispersarse. Es de suponer que tribus enteras emprendieron la fuga, llevando la agitación y el espanto á las comarcas vecinas. No parece, pues, que sea mera casualidad que por aquella misma época (por los años 1940 antes de J.C.) ocurrieran también en el Egipto aquellas incursiones de los «reyes pastores,» que originaron la llamada dinastía de los hyksos, que se sostuvo durante siglos, é iniciaron una nueva época en la historia egipcia. Que los extranjeros que invadieran el Delta del Nilo y se establecieran allí fueron en su mayor parte cananeos y beduinos (shasu, nombre que se oculta en el de hyk-sos), es cada día mas evidente para nosotros, sabiendo, como sabemos hoy, que las esfinges no-semíticas de Tanis, llamadas de los hyksos, pertenecen á una población que inmigró mucho antes y que no está relacionada en modo alguno con los hyksos. El avance de los ejércitos de Kudur-Lagamar hasta Elat y Kadesh, que debió de poner en movimiento á toda la población de la península sinaica y del Canaan meridional, nos explica perfecta y satisfactoriamente la invasión del delta del Nilo desde la tierra de Canaan y la Arabia. No quiere decir esto que los con-

(1) Así se llama hoy la parte meridional del desierto de Paran; véase además el nombre del lugar El-Paran, en el golfo elamita.

(2) «Kadesh-Barnea, su importancia y situación probable, con la historia de la investigación de que fué objeto y los estudios sobre el camino del Exodo y las fronteras meridionales de la Tierra Santa.» Nueva York (Scribner), 1884; véase también el extracto y crítica de H. Guthe, en la Revista de la Asociación alemana: «La Palestina,» tomo VIII (1885), páginas 182-232. El viaje de Trumbull se efectuó en el año 1881.

quistadores elamitas llevaron sus armas hasta el Egipto (á lo cual ni las inscripciones de Iri-Aku y Kudur-Mabug ni el relato hebreo hacen la menor alusión), como supuso Eduardo Meyer (3); pero es indudable que su aparición en el Este de la península del Sinaí y en el territorio amalecita (al que pertenecía también el posterior Edom) dió lugar á la invasión de los hyksos en el Egipto.

Podríamos incluir también entre las empresas exteriores (esto es, fuera del territorio babilónico) de Iri-Aku el vencimiento de la rebelión en Kishurra y Bad-anna (Dur-llu), lugares cuyos nombres son suméricos y que estaban situados en la frontera babilónico-elamita ó, lo que parece mas probable, en el Jamutbal elamita. Mas hemos de tener en cuenta que este último territorio era mas bien en su mayor parte una especie de «frontera militar,» constituida en los siglos inmediatos anteriores y que solo recientemente había entrado á formar parte de Elam, componiéndose casi en totalidad de antiguas poblaciones babilónicas en la frontera elamita (así lo indica desde luego el nombre «tierra de Mutbal» por la referencia que hace á su origen babilónico). La contienda con estas ciudades, pues, solo corresponde en parte á la política exterior, y aun mejor por completo á la interior. Preferimos por lo mismo hacer algunas breves consideraciones mas acerca de Canaan, para terminar este capítulo con una ojeada retrospectiva sobre las vicisitudes de Martu ó Tierra del Occidente durante el período transcurrido (desde la época de Gudi'a), á lo que nos invita sobre todo la figura de Abraham que acaba de surgir en el curso de nuestra exposición. Seguirá luego, como lógica consecuencia, un capítulo final de esta parte de nuestro libro, resumiendo en breves consideraciones el desenvolvimiento histórico, religioso y civilizador de la Babilonia desde el siglo 23 precristiano, particularmente entre los semitas de la Babilonia central y del Norte, dándonos esto pié para hacer un breve estudio sobre la literatura en este mismo espacio de tiempo, resumen que nos parece indispensable antes de comenzar la historia del reinado de Chamuragas.

Como ya vimos anteriormente, el «territorio de los amorreos» apareció por primera vez en el horizonte de los babilonios en tiempo de Gudi'a, por los años 3100 antes de J.C.; y que ya entonces debió estar en gran parte semitizada la Tierra del Occidente nos lo prueban los muchos nombres de lugares de genuino carácter semita y en primer lugar el del mismo Martu (derivado de Amartu y acaso también de Amurtu, pronunciado Murtu). Dedúcese, sin embargo, con harta claridad de las representaciones gráficas en los sepulcros de la época del Faraon egipcio Tutmosis III, por los años 1600 antes de J.C., en las cuales tienen color amarillo los asiáticos semíticos, y rojo, como los egipcios, los fenicios recién semitizados, que en varias comarcas de la Palestina y principalmente en la costa fenicia, hubo de morar una población no-semítica en su origen y probablemente muy afín de los antiguos egipcios. De estos primitivos cananeos, cuyo radio de habitación se extendía hasta el delta del Nilo, debió de proceder el culto del dios Set (desde remotísima época conocido ya entre los egipcios como el dios de los extranjeros), del cual aun se encuentra alguna huella en el Antiguo Testamento (4). La fundación de la ciudad de Ur y del rei-

(3) «Historia de la Antigüedad,» tomo I, pág. 167 (§ 137). No puede negarse, sin embargo, á Meyer el gran mérito de haber indicado á lo menos la relación que pudiera existir entre las expediciones de Kedor-Lagomer y Ariok y la invasión de los hyksos.

(4) En una de las listas de los primitivos patriarcas se llama Adam («hombre») al hijo de Dios, y en la otra Enosh (también «hombre») al hijo de Set; véase Rydberg: «Urpatriarkernas s'äkttafta i genesis,» citado por Lieblein en las actas del Congreso de Leiden, 4.ª parte, pág. 64,

no del mismo nombre, por los años 3000 antes de J.C., fué una consecuencia de las relaciones con Martu, iniciadas por Gudi'a y que debieron sufrir algun entorpecimiento con la traslación de la sede del poder de Ur á Nisin. Solo por los años 2300 antes de J.C. volvemos á tener noticia de Martu, presentándose esta vez la Tierra del Occidente en activas é íntimas relaciones, tanto comerciales como intelectuales, con la Babilonia, como ya lo apuntamos sobradamente en las páginas anteriores. Entonces también la ciudad de Ur y el nuevo reino sumérico establecido allí, pero gobernado por reyes semíticos, eran el eslabon que reanudó tales relaciones. El hecho que mas sobresale en este punto es que en aquella misma época una fracción de los semitas occidentales que aun llevaban la vida nómada (1) fué penetrando lentamente, viniendo á lo que parece de la Mesopotamia, hasta el estrecho territorio situado al Oeste del Eufrates, donde plantaron sus tiendas en las cercanías de Ur, que era la única de las antiguas ciudades babilónicas que había en aquella parte. El mayor número de estos semitas es posible que se fundiera poco á poco con los babilonios, mas una pequeña parte de ellos regresó por los años 2000 antes de J.C. á la Mesopotamia, hasta que en 1950, ó poco antes, emigró Abraham con su familia y otras que le siguieron á la Palestina, y así se formó el tronco del posterior pueblo israelita. Los afines cananeos de su tribu le llamaron *el hebreo* ('Ibri), ó sea «el emigrado,» y este nombre se transmitió á sus descendientes y á todos aquellos que por medio del matrimonio ó por otras causas tuvieron ingreso en la liga que unia sus familias (2). Con efecto, precisamente en los hebreos se encuentran mas frecuentes huellas aun que en los demás cananeos de prolongado contacto con los babilonios semíticos del Norte y del centro, cuyos mas inmediatos vecinos habían sido, plantando sus tiendas y apacentando sus ganados desde las cercanías de Ur hasta mas abajo del Eufrates en la margen occidental de este río. Son señales de ello, por ejemplo, la palabra hebrea usual para «ciudad,» *ir* (neo-sumérico *ir*, en vez del antiguo sumero *ur*), para la cual tienen los demás cananeos las semíticas genuinas *kiryat* y *kir* (3); las mas antiguas tradiciones hebreas, tan significativas de íntimas relaciones con la Babilonia central y del Norte, y, por último, las múltiples semejanzas en la fraseología religiosa, aludiendo nosotros con ello principalmente á los salmos penitenciales babilónicos de esta misma época (los últimos siglos anteriores á Chamuragas), redactados en neo-sumérico, pero completamente saturados de conceptos semíticos. Es verdad que tanto por lo que atañe á estos últimos como también por lo que se refiere á los hebreos, que con ellos se pueden comparar, objetan nuestros modernos críticos que difícilmente concuerdan tales desbordamientos de un corazón destrozado con el carácter histórico de David y que los varios cánticos atribuidos á éste proceden mas bien de época posterior. Pero precisamente el núcleo de la colección de los salmos, Salm., 1-71, contiene

debiendo advertir que el hebreo Shedim, «demonios,» no hace aquí al caso, siendo equivalente al babilónico-asirio *shidu*.

(1) Con esta expresión queremos significar los árabes, arameos y cananeos, como conjunto homogéneo, para distinguirlos de los babilonios también semíticos.

(2) Parécenos cuestión ociosa la de si Abraham y sus gentes hablaban el arameo y solo despues ya en la Palestina lo cambiaron por el hebreo, ó si desde antiguo fué éste (es decir, el fenicio-cananeo) su lengua materna; pues no podemos saber si ya en época tan remota existían tan marcadas las posteriores variantes dentro del semítico occidental (arábigos-araméico y fenicio-cananeo), para hacer distinción entre arameo y hebreo en los años 2000 antes de J.C.

(3) Cierto que hay otra palabra, tal vez de origen semítico, *'ar*, en hebreo (también en el árabe meridional, *'urr*), que significa asimismo «ciudad,» pero seguramente no tiene relación etimológica alguna con *'ir*.

muchos de esos cánticos atribuidos directamente á David, y pretender relegarlos á la época del cautiverio y suponer á sus autores influidos allí por sacerdotes babilónicos, es cosa tan absurda como la otra hipótesis por el mismo estilo, rechazada por nosotros, referente al relato histórico del Gén., 14, y que hasta ahora no se ha atrevido á proponer en serio ningún investigador del Antiguo Testamento. Mas ¿no podría ser que David no fuera el primero que hubiese compuesto tales cánticos penitenciales, sino que hubiese imitado modelos (ya fueran conservados por escrito ó transmitidos oralmente y siempre con nuevas variantes), que entonces arrancarían, como es natural suponer y como las tradiciones sobre Sennaar, Nemrod, etc., de la época en que los hebreos habitaron en las fronteras de la Babilonia? Sentada la probabilidad de tal hipótesis, se suscita naturalmente la cuestión de si los norte-babilonios semíticos (4), ó sea los autores de los salmos penitenciales neo-suméricos, fueron influidos por sus vecinos nómadas, ó vice-versa. Demostrados ya en esta misma época otros efectos de influencias de la cultura occidental en la Babilonia, como la introducción del «dios de Martu,» ó Rammân (Rimmôn), en el panteon babilónico, y no es este el único ejemplo de lo mismo (5), no tendría nada de absurdo admitir la influencia de cánticos hebreos, es decir, de los conceptos expresados en ellos, en la poesía religiosa de los babilonios, sobre todo teniendo ésta, como tenía, mas bien carácter privado que oficial (6); y la sola circunstancia de que en estos casos la apreciación al uso se inclina siempre á atribuir la asimilación á los hebreos, no tiene naturalmente valor alguno en contra. Hemos de tener muy en cuenta, dándole la suma importancia que tiene, el hecho de que los últimos siglos anteriores á Abraham, durante los cuales habitaron sus antepasados como nómadas en las comarcas al Norte de Ur, coinciden con el período en el cual vemos atestigüadas con la mayor claridad por la grande obra astronómica de los norte-babilonios las mas activas é íntimas relaciones entre la Tierra del Occidente y Accad y Ur.

CAPITULO IV

OJEADA SOBRE LA CULTURA DE LA ANTIGUA BABILONIA HASTA LA ÉPOCA DE CHAMMURAGAS

Dejando ya la Tierra del Occidente, trataremos en este último capítulo de la misma Babilonia, para echar una ojeada sobre todo el período desde los reyes de Sirgulla, ó sea desde la época mas remota, hasta el último de los monarcas sud-

(4) Aprovechamos esta ocasión en que hablamos tan repetidas veces de los semitas de la Babilonia del Norte y del Centro, para llamar la atención del lector sobre una errata de bastante bulto que ha aparecido en la pág. 107; en el sexto renglon de la primera columna de la misma debe leerse «los semitas norte-babilónicos» en vez de «hamitas.»

(5) Otro ejemplo de lo mismo sería el dato que transcribimos antes de F. Delitzsch (Calwer: *Léxico bíblico*, artículo «Nergal»), de que el nombre occidental de Nergal era Sharrapu, esto es, Seraph, pues que así podríamos admitir que tal vez este nombre se introdujo ya en la Babilonia en aquel tiempo. Mas en el respectivo pasaje (2. Rawl., 54-76) se dice muy claramente que Sharapu es el Niral de la ciudad de Mar (Mar-ki, no Martu), lo que naturalmente no tiene menor importancia en cuanto á la significación del Seraphim de la Biblia.

(6) Si bien los salmos penitenciales neo-suméricos en la forma en que han llegado hasta nosotros proceden de sacerdotes (véanse las caprichosas combinaciones hierogramáticas antes mencionadas), en su origen fueron manifestaciones religiosas particulares, á manera de cantos populares (solo en época posterior, acaso tan posterior como la de Assurbanipal, tuvieron carácter oficial en el culto), como ya se desprende sobradamente de las formas tomadas del lenguaje popular neo-sumérico que se hablaba á la sazón. Cánticos como los himnos á Nindar, sin embargo, en los cuales solo se encuentra alguna que otra forma neo-sumérica, no hay duda que hubieron de tener desde su origen cierto carácter oficial.

babilónicos de Sumir y Accad, el rey Iri-Aku de Larsa. Lo más característico de todo este período, que abraza unos dos mil años cuando menos (en números redondos 4000-2000 antes de J.C. aproximadamente), todas las inscripciones de los reyes, están redactadas aun en lengua sumera. En ellas vemos ya desde la época de los reyes de Nisin (ó sea en la primera mitad del tercer milenario precristiano) las marcadas huellas de una modificación lingüística que se inicia en el sumero, es decir, la existencia del llamado neo-sumérico. Pero mas significativo aun que este hecho nos ha de parecer el de la preponderancia, que paralelamente con aquella innovación lingüística se nota en la Babilonia del centro y del Norte, del elemento semítico, que ya comienza a figurar por los años 4000 antes de J.C. Con la traslación de la sede del gobierno del Sur á Nisin (respectively Nibur), situada en la Babilonia central, vemos que los nombres de los reyes son tambien semíticos, y tal cambio en la nacionalidad de los gobernantes persiste todavía cuando la residencia de los reyes de Sumir y Accad vuelve á establecerse en las ciudades sud-babilónicas de Ur y Larsa, lo que viene á significar la absoluta preponderancia desde esa época del elemento semítico sobre el sumérico, por mas que éste siga aun siendo influyente. Con ello va relacionada la gradual modificación de las mas antiguas formas de la religion sumérica, tal como se nos presenta, por ejemplo, todavía en los textos de Gud'á y dejamos expuesta en las páginas anteriores, hasta lograr aquellas que caracterizan ya casi como definitivas desde el reinado de Chamuragas la religion del Estado babilónico. En muchos casos no es posible demostrar hoy la influencia ejercida en esta transformación por el elemento semítico, pero no es por eso menos cierto que en ella tuvo parte principal, por mas que el mayor número de las deidades de diverso origen local sean de abolengo sumérico, es decir, tengan nombres suméricos. Sabemos asimismo, como hemos indicado ya anteriormente, que á ello contribuyeron tambien influencias exteriores (así elamitas como occidentales). De todos modos, si es absurdo, aunque cómodo, establecer como dogma que la religion y toda la cultura de la Babilonia son de origen puramente sumérico, no es menos erróneo y arbitrario por otra parte, menospreciar el elemento sumérico ó pretender ignorarlo por completo. Ya antes hemos hecho notar que precisamente en la semítica Babilonia del Norte se habia desarrollado la astrología al propio tiempo que los comienzos de la famosa astronomía caldea del culto astral semítico, culto que no figura en los primitivos textos suméricos. Así vemos que al lado del Sol, verdadero símbolo y manifestación del supremo dios de los antiguos semitas (y tambien el antiquísimo dios nacional de la ciudad de Babel ó «puerta de dios»; Amar-udug, despues Mardug, era una deidad solar), está el dios de la Luna, y precisamente bajo su nombre sumérico Sin (1), y era el que gozaba de mayor veneración, llegando á convertirse en la verdadera deidad principal y transmitiéndose á él exclusivamente el epíteto Amar, «jóven toro,» del dios del Sol. El hijo del primer Sargon de Agad'í lleva ya su nombre, Narám-Sin, ó sea «predilecto de Sin» (3750 antes de J.C. aproximadamente). En tiempo de Ur-Ba'u de Ur (3000 antes de J.C.) se hace ya mención de un rey-sacerdote semítico de la ciudad de Ishkun-Sin (seguramente

(1) Este nombre, derivado de Zu-inna (y de éste tambien Sinna), «señor de la sabiduría,» es evidente que procede de la mas remota época sumérica, cuando se atribuía á la luna el papel de un misterioso encantador, como reflejo durante la noche del gran espíritu del cielo. La escritura usual In-zu («señor de la sabiduría»), ya modificada, debe atribuirse á la influencia semítica imperante ya; es la única que predomina en los textos cuneiformes, si bien Sinna se pronunciaba siempre Sin, como lo demuestra, por ejemplo, la prolongación en -na.

en la Babilonia central), Khash-khámir, y es probable que contribuyeran ideas semíticas á la dedicación que hizo Ur-Ba'u al dios de la Luna y del Sol de las ciudades de Ur y Larsa, fundadas por él. Aunque el dios de la Luna de Ur lleva siempre el nombre de Uru-ki («alumbrador,» semítico Nannar), que tambien encontramos en las inscripciones de Gud'á (cil. A, col. 19, párrafo 18; véase Babbar, «dios del Sol,» párrafo 16), y era el del antiguo dios sumérico de la Luna entre los sumeros de la Babilonia meridional, el epíteto *amar tudá-anna*, «vigoroso y jóven toro del cielo» (en una de las inscripciones de Ur-Ba'u de Ur), es significativo, á lo menos por lo que hace á la expresión *amar*, «jóven toro,» de influencias norte-babilónicas. Supone estas influencias seguramente la circunstancia de que casi todos los reyes de Ur (Gámil-Sin, Amar-Sin, Ibil-Sin) toman en su nombre el del dios Sin, porque de haber preponderado las de la capital Ur con su templo de la Luna, habrían usado el nombre del dios Uru-ki (el local de la Luna de esta ciudad) y no el de Sin. Tambien el rey de Arach que reinaba por aquella época se llama Sin-gáshid, y Sin-idinna (2) el que conocemos de los dos reyes semíticos de Larsa, sin hacer mención de los casi coetáneos de la Babilonia del Norte, Apil-Sin y Sin-mu-ballit. En los nombres de los particulares en las láminas de contratos, desde Gámil-Sin de Ur hasta Chamuragas, compuestos con los de dioses, prepondera en gran manera el de Sin. De un ligero recuento hecho en la colección de láminas de contratos de Warka (Larsa), publicada por Strassmaier, resultan 21 nombres que contienen el elemento Samas (dios del sol, sumérico Babbar), 26 el de Rammán (Mardu; de los cuales 19 tienen el ideograma Rammán ó Martu; 7 Martu en signos fonéticos) y 70 están compuestos de Sin. Tal estadística del período aproximado 2200-1900 antes de Jesucristo (Sin, 73; Rammán y Martu, 26; Samas, 21; y las cifras menores Ea, 12; Uru-ki, 10; Istar, 10; Nirgal, 9; Ningirsu, 4; Ningal, esposa de Sin, 3; Gula, esposa de Samas, 3; y Nindar, 2) es el testimonio mas claro y elocuente que pudiéramos aducir en favor de nuestra tesis, y demuestra, al propio tiempo, no solo la existencia virtual de la segunda trinidad del panteon posterior (Sin, Samas y Rammán) sino tambien el grado mas elevado que en cierto modo gozaba esta trinidad en la estimación general sobre la primera (Anu, Belo y Ea). Es de advertir, sin embargo, que á esta estadística corresponden además 29 nombres con *ni-ni*, ó sea Ilu, «dios» (en general), y 25 con *an*, ó sea mas bien Anu que Ilu (este último segun la transcripción de Strassmaier), apareciendo por tal manera representado mayor número de veces á lo menos Anu de la primera trinidad, y siendo probable que con Ilu («dios,» ó mas bien «el dios») se aluda ó al mismo Sin, como el dios de mayor categoría de hecho en aquella época, ó acaso y mas verosímilmente á Belo (sum. Inlil), el cual, de no ser así, faltaria por completo (solo pudimos tomar nota del nombre Bili-idinna, escrito *Bi-ni-t-din-nam*). Tambien los dioses astrales están ya representados, á lo menos en su mayor parte (Istar, Nirgal y Nindar, respectivamente Ningirsu); tan solo faltan Mardug, el cual comienza á figurar con mayor evidencia en tiempo de Chamuragas y no aparece aun en los nombres de las láminas de contratos del reinado de éste ni del de su hijo Samsu-Iluna (3), y Nabu (Nebo). Con este estudio de

(2) Asimismo el último rey (elamita) de Larsa escribe siempre su nombre, á lo menos oficialmente, Iri-Sin, ó Ri(m)-Sin, por mas que se pronunciase Iri-Aku á la manera elamita.

(3) Debemos, advertir, sin embargo, que todas estas láminas de contratos, incluidas las de la época de Chamuragas y de su hijo, proceden del Sur (respectively de la Babilonia central), y que por lo mismo pudieron ser que se usaran tambien en el Norte nombres propios incluyendo los de Marduk y Nabu, si bien en los de los reyes norte-babilónicos solo se encuentran estos últimos desde el 12.º siglo precristiano.

los nombres de particulares en las láminas de contratos, nos hemos propuesto sobre todo demostrar el papel preponderante que representa Sin en esta época, habiéndonos fijado en el nombre de este dios como ejemplo el mas significativo de la influencia transformadora que desde la mitad del tercer milenario ejerció el semitismo en la religion babilónica, por mas que se conservaran todavía los nombres de dioses suméricos. Para completar nuestra exposición en este punto vamos á transcribir un himno dedicado á Uru-ki de Ur y procedente de la época de los últimos reyes de Ur ó de los de Larsa:

«Señor, caudillo de los dioses, el único excelso en el cielo y en la tierra,
Padre Uru-ki, señor de los ejércitos celestes (tambien epíteto de Anu), caudillo de los dioses,
Padre Uru-ki, Señor, Anu, el grande, caudillo de los dioses,
Padre Uru-ki, Señor, dios Sinna, caudillo de los dioses (1),
Padre Uru-ki, señor de Uru-umma (Ur), caudillo de los dioses;
Padre Uru-ki, señor del templo Sir gal (en Ur), caudillo de los dioses,
Padre Uru-ki, señor de la corona, el que rompe al través, caudillo de los dioses,
Padre Uru-ki, el que cumple (ejerce?) poderosamente la autoridad de rey, caudillo de los dioses,
Padre Uru-ki, el que camina con la vestidura (?) de la excelsitud, caudillo de los dioses,
vigoroso y jóven toro (*amar*) con poderosos cuernos, perfectos miembros y barba cristalina, lleno de fuerza y plenitud,
Fruto que por sí propio se produce, vástago que es favorable á las miradas, cuya plenitud no decrece,
misericordioso creador del todo, que con los seres vivientes habita una esplendorosa morada,
misericordioso padre, restaurador (?), que sostiene en su mano la vida de la totalidad de la tierra.
¡Oh señor! tu divinidad está llena de excelsitud, como el lejano cielo y el extenso mar.
Dominador (?) en la tierra, que en ella ensancha las fronteras, proclama sus nombres.
Padre, creador de los dioses y de los hombres, que permite habitar en la morada, determina los dones,
proclama la autoridad real, concede el cetro, fija el destino para dias lejanos;
el que camina delante, el poderoso cuyo corazon es inmenso (mas bien, «léjos»), dios á quien nadie se atreve á nombrar.
... hermoso, cuyas rodillas no se fatigan, el que abre la senda de los dioses, sus hermanos,
... el que desde el fondo del cielo camina esplendoroso hasta su altura (zénit), el que abre las puertas del cielo y da luz en la tierra.
Padre, creador de todos los seres vivientes. . . .
Señor, juez del oráculo del cielo y de la tierra, cuyo mandato nadie [revoca?],
el que sostiene allí el fuego y el agua, el que da (?) abundancia á los seres vivientes;
¿qué dios ha encontrado tu plenitud?
¿Quién es excelso en el cielo? Tú solo eres excelso.
¿Quién es excelso en la tierra? Tú solo eres excelso.
Tú, cuyo mandamiento se anuncia en el cielo, y los siete espíritus del caos inclinan profundamente la faz.
Tú, cuyo mandamiento se anuncia en la tierra, y los espíritus del abismo de las aguas besan el suelo.
Tú, cuyo mandamiento arriba, cual los vientos en las tinieblas, hace surgir el alimento y la bebida.
Tú, cuyo mandamiento abajo en la tierra hace brotar las yerbas y las plantas.
Tú, cuyo mandamiento ensancha (?) cotos y setos (?) y da espacio á los seres vivientes.
Tú, cuyo mandamiento llama á ser el derecho y la justicia, y conjura á los pueblos con razon.
Tú, cuyo mandamiento nadie se atreve á anunciar en los lejanos cielos ni en la cubierta (débil?) tierra.
Tú, ¿quién puede averiguar tu mandamiento? ¿quién se atreve contra él?

(1) Advértase aquí la directa equiparación de Uru-ki con Sin, como ya antes con Anu; véase tambien Istar, primitivamente hija del cielo, y luego designada especialmente como hija de Sin.

¡Oh Señor! en el cielo en autoridad, sobre la tierra en dirección, entre los dioses, tus hermanos, no tienes tú igual.
Rey de los reyes. . . . cuya (?) divinidad ningún dios supera (?).
El lugar donde tu ojo en fidelidad. . . .
El lugar donde. . . .
(*Dos renglones mutilados.*)
A tu templo (Sir-gal) mira clemente.
A Ur. . . . mira clemente.
¡Que la esposa en la demostración de su favor te anuncie, oh Señor el reposo!
El héroe, el dios. . . . ¡oh Señor! te anuncie el reposo.
Los siete espíritus del caos. . . .
Los espíritus del abismo de las aguas. . . .
(*Siguen cuatro renglones mutilados*) (2).

Así como las láminas de contratos de que hicimos mención antes y el himno que acabamos de transcribir nos demuestran cómo se transformó la antigua religion babilónica bajo influencias semíticas en el Sur, que fué su punto de origen, del mismo modo por lo que se refiere á la Babilonia central y del Norte (con los centros de Babel y Arach), de donde partieron las mismas influencias, vemos mencionados todos los dioses que constituyen el panteon ordenado y oficial, bajo sus varios aspectos y atributos, en la epopeya de Nemrod, redactada ya en lengua semita, y otros textos por el estilo, como tambien en muchos himnos neo-suméricos y en el tratado astroológico (3). Ya hablaremos luego de toda esta literatura; ahora vamos primero á apuntar algunos datos, sacados de las láminas de contratos, que arrojan bastante luz sobre las condiciones sociales y jurídicas en la Babilonia en los siglos anteriores á Chamuragas, teniendo á la vista el estudio publicado recientemente por los hermanos Víctor y Eugenio Revillout (4).

Estos contratos vienen á confirmar por completo cuanto respecto del grado de cultura en aquella época habíamos podido deducir de todo lo demás que sabemos de ella; y revelan tal florecimiento en el comercio, en las relaciones de todo género, en las costumbres y en la legislación, que sin exagerar podemos designarlo como el punto culminante de la civilización babilónica. En todos estos textos resaltan el bienestar y las condiciones de una vida social ordenada, excitando sobre todo nuestro mas vivo interés la posición social y los derechos de la mujer, tales como nos los hacían suponer ya las antiquísimas fórmulas de conjuro y resultando así caracterizados como de antiguo abolengo sumérico. Casi todos los contratos aparecen celebrados por individuos de una familia de muchas ramas, la cual viene á formar por tal manera una asociación comercial entre parientes, cuyos jefes son Ilu-báni, contemporáneo de Iri-Aku, y sus socios Ubar-Sin y Migrat-Sin, y cuyos hijos y nietos vemos figurar todavía como actores en estos contratos en tiempo de Samsi-iluna, hijo de Chamuragas. Casas, campos, huertos y esclavos, en una palabra, cuanto hay de apetecible y necesario para una vida

(2) 4. Rawl., 9; véase tambien la traducción (muy corregida en nuestra copia) de F. Delitzsch en el «Génesis caldeo,» de Smith, páginas 281-283.

(3) En él (á lo menos en la parte principal, que lleva el título de *Irin-na-Bil*, 3. Rawl., 60 y 61) solo figuran Samas (sol), Sin (luna), Rammán (ó Martu) y Nirgal, y en otros textos similares (por ejemplo, 3. Rawl., 31, n.º 2) tambien Dun-pa-udda (Nebo), Mardug y Belo; así, pues, las mas características deidades de la Babilonia del Norte, y suponiendo por lo mismo la existencia de las demás.

(4) *Les obligations en droit égyptien comparé aux autres droits de l'antiquité par E. Revillout, suivies d'un appendice* (págs. 230-530) sur le droit de la Chaldée au 23 siècle et au 6 siècle (en éste los contratos de la época de Nebukadrezar y sus sucesores) *avant J. C., par Victor et Eugène Revillout*. En las páginas de esta obra se trata especialmente de los contratos de la época de Iri-Aku y Chamuragas, para los cuales Revillout admite, como Oppert, el 23.º siglo, aunque mejor les corresponde el 20.